

DETRÁS DEL CATEDRÁTICO, EL MAESTRO

Carlos Pacheco
Universidad Simón Bolívar

Para contribuir con este acercamiento múltiple a la figura y significación de Antonio Cornejo Polar y de su obra, elijo un camino alterno, tal vez un atajo. Varias de las seminales propuestas que formulara a lo largo de su trayectoria de estudioso que recorrió los caminos de la crítica, la historiografía y la reflexión teórica, iluminaron sin duda mi trabajo intelectual en diversos momentos. En esta ocasión, y sin olvidar esos valiosos contactos intelectuales, me gustaría indagar en la memoria para recuperar algunos momentos de encuentro personal y avanzar así, tal vez, un paso más allá. Enhebro entonces el hilo de la escritura con ese deseo de acceder, aunque sea por instantes, en las páginas que siguen, al Antonio que alcancé a divisar un poco más atrás de su presencia plena y cumplida como docente, investigador y protagonista de la vida académica.

Lo que en una primera instancia me entrega la memoria son por supuesto fragmentos, gestos fugaces, frases sueltas, imágenes inconexas. Ella tiene sus maneras. Autónoma y a menudo arbitraria, ella privilegia, selecciona y ofrece a la conciencia ciertos instantes del pasado de acuerdo a una lógica propia, cuyos criterios se mantienen velados, indescifrables para la mirada racional. De nada serviría, para el impulso de sentido que conduce este texto, proceder a una averiguación documental o analítica que viniera a completar o a confirmar aquellos datos. Prefiero entonces, en lugar de intentar la improbable exhaustividad de una indagación sistemática, interrogar esas partículas de experiencia directa que me brinda, de gratis, el recuerdo. Acepto por consiguiente el riesgo de la dispersión, de la parcialidad, y me dispongo a enfocar esos vestigios con la pretensión, probablemente vana, de alcanzar tal vez al final una forma reconocible, un sentido.

Todo Carpentier en 40 minutos

Caracas, hacia 1979. Pequeño auditorio de la Universidad

Central. Ciclo de conferencias sobre Alejo Carpentier. Los tres conferencistas anteriores centraron sus trabajos sobre obras específicas o aspectos puntuales. El profesor peruano propone una visión de conjunto. Es la primera vez que escucho una intervención suya y, por supuesto, dudo: ¿todo Carpentier en una conferencia? Este primer recuerdo, nítido y cabal, es el de mi asombro creciente al ir advirtiendo, a lo largo de esos cuarenta minutos exactos, que sí, que en aquella clase impecable estaba en efecto *todo* Carpentier. No sólo un recorrido ilustrado con brevísimos ejemplos por la peculiaridad de cada una de sus obras, no sólo un perfil del intelectual en movimiento a lo largo de su proceso creativo; también una valoración estética, también las claves de su inserción en el proceso literario y cultural del continente. El bisoño investigador y profesor que estaba en aquel momento detrás de mis lentes había descubierto en el conferencista las cualidades de un docente cabal. La acuciosidad y el rigor de su lectura crítica; la capacidad de espigar el grano de lo esencial entre la paja de lo accesorio, de sistematizarlo y proponerlo en una síntesis compacta, a través de un lenguaje tan preciso como cristalino; el poder de una mirada comprehensiva, capaz de ubicar las novelas, los cuentos, los ensayos, en el contexto de la trayectoria carpenteriana y ésta, a su vez, en el marco de un sistema literario, de un proceso histórico-cultural. Nunca tuve la fortuna de sentarme como alumno en alguna de las muchas aulas donde Antonio enseñó, pero aquella tarde, mientras pasaba del asombro a la admiración intelectual, mientras experimentaba el placer de comprender bien el objeto propuesto y la gratitud hacia quien hacía posible aquella comprensión, me convertí secretamente y para siempre en uno de sus discípulos.

Elogio de la bibliografía penúltima

Dartmouth College, primavera de 1988. Ante una audiencia de académicos venidos de muchas latitudes para discutir las tendencias de la teoría y la crítica literarias en América Latina, Antonio hace un comentario marginal en el debate posterior a una de las sesiones. Para sorpresa de sus oyentes, anuncia que piensa escribir un ensayo titulado “Elogio de la bibliografía penúltima”. Desconcierto. Algunas risas que me parecen nerviosas. Al explicarse, advertimos que detrás de la chanza hay una llamada de atención sobre la tendencia que desde los años sesenta observaba él con preocupación en muchos colegas estudiosos de nuestra literatura, a avalar sus artículos y ponencias con abundantes citas y comentarios de obras teóricas aparecidas, decía Antonio con sorna, la semana anterior. Sazonado con ese humor agudo que lo acompañó siempre, el apunte fue breve y certero como un dardo. Las implicaciones de esa crítica a la novelaría académica estaban

claras. Antes de haber podido comprender cabalmente la considerable densidad de propuestas teóricas de tan inmediata aparición, aquellos críticos se lanzaban a “aplicarlas” sin mayor reflexión a sus respectivos objetos de estudio. La inevitable superficialidad y la falta de rigor resultantes de esa operación delataban que su propósito principal, más que acceder, mediante un estudio disciplinado y sistemático, a un conocimiento cierto, era lucirse en la escena académica como actualizadísimos lectores de las teorías de moda. Si se trataba de Barthes o Greimas, de Bajtín o Foucault, de Deleuze o Said, para estos coleccionistas de barajas conceptuales no había mayor diferencia, encandilados como estaban con el lustre de lo novísimo y prestigioso, apresuradamente leído en francés o en inglés.

Un “Elogio de la bibliografía penúltima” enunciaba entonces quien sí había leído muy bien a éstos y otros teóricos, y quien era capaz también de reconocer esa honda lectura en otros colegas. Recuerdo, por ejemplo, la ponderación que me hiciera un día del pertinente fundamento bajtiniano que sustentaba un libro como *Cultura popular andina y forma novelesca*, de Martín Lienhard. A contrapelo entonces de esa avidez por lo inmediato, de esa apropiación casi decorativa de modelos teóricos y metodológicos al uso, Antonio nos estaba invitando a darles su tiempo, a someterlos a una meditación crítica. Formulaba también un “Elogio de la bibliografía penúltima” con el ánimo de evitar que el frenesí de aquellas rapidísimas y sucesivas adaptaciones miméticas nos hiciera olvidar esa otra teoría literaria y cultural producida por intelectuales latinoamericanos, insertada a menudo en obras críticas, gestada en condiciones mucho más arduas y difundida por medios menos veloces y rutilantes. Era también una invitación nada parroquial, nada excluyente o mezquina, a prestar atención a los talentos de nuestro propio patio. Pude reconocer en el momento que aquella frase, aquel gesto espontáneo de humor, portadores de tantas y tan válidas significaciones, partía de un saber decantado que no necesitaba ser arrogante porque estaba seguro de sí mismo. ¿Será eso lo que llaman la humildad del verdadero sabio?

“Totalidades contradictorias”, ¿recuerdan?

Campinas, octubre de 1983. Para afinar los instrumentos teóricos y metodológicos con vistas a la realización de un proyecto señero de historia de la literatura latinoamericana que sólo años después cobraría cuerpo, la laboriosidad y el entusiasmo de Ana Pizarro han logrado reunir en aquel campus brasileño una verdadera antología viviente de nuestro pensamiento literario. La generosidad de Ana me permitió asistir a aquel raro evento como apoyo organizativo. Desde una mesa auxiliar, mientras manipulaba el grabador y tomaba notas como un demente para elaborar

después las minutas que deberían estar reproducidas a primera hora del otro día, pude presenciar los ilustrados y también apasionados debates en los que participaban Hugo Achugar, Beatriz Sarlo, Domingo Miliani, José Luis Martínez, Jacques Leenhardt, Angel Rama, Antonio Cándido y Roberto Schwarz. ¿Cómo ponerse de acuerdo sobre un proyecto historiográfico que lograra ser completo en su eje diacrónico, así como verdaderamente comprensivo y plural en la dimensión socio-cultural, sin caer en los reduccionismos y las homogeneizaciones ya tan criticados? Durante alguno de los enfrentamientos más airados, donde Rama era por supuesto uno de los contendores, la discusión parecía no tener salida y la temperatura emocional de aquel salón de clases donde nos reuníamos llegó a subir a niveles nada usuales. De pronto, unas pocas, muy pocas palabras, gentilmente vocalizadas en un portugués que todos comprendíamos por esa suerte de santo laico de las letras que es Antonio Cándido, aportaron un tercer elemento que zanjó sabiamente la polémica. Una de esas pocas palabras, un adjetivo clave, era la palabra “contrastivo”. ¿Dónde estaba Antonio Cornejo en ese momento? Comprometido para aquel entonces en otras lides, Cornejo Polar era notoriamente, en la reunión de Campinas, el gran ausente. Y la oportuna intervención de Cándido lo puso de relieve, ya que no hacía sino recordarnos una noción que había sido el núcleo de la exposición de Cornejo en la reunión preparatoria de Caracas el año anterior: la noción de “totalidad contradictorias”. Conjuntamente con otros conceptos familiares para todos nosotros como heterogeneidad cultural, profundidad histórica, plurales sistemas literarios, espacios conflictivos, etc., aquella propuesta de Cornejo Polar resultaba crucial para resolver el dilema del momento y ofrecía nuevos caminos para hacer viable un modelo historiográfico verdaderamente novedoso. Tal vez él nunca lo supo, pero ese día, para nosotros, Antonio brilló literalmente por su ausencia.

Ese saber en movimiento

Berkeley, marzo de 1994. Un período sabático me permite una estadía de investigación en aquel campus donde Antonio ocupa desde hace unos meses una importante cátedra. Hemos quedado en almorzar y voy a su encuentro en su oficina de *Dwinelle Hall*. Tres jóvenes estudiantes que seguramente han caminado con él desde el auditorio donde acaba de dar una de sus clases lo demoran aún con más preguntas. Con un gesto rápido y cómplice me pide que lo espere mientras termina de atenderlos. Hablan de Fernández Retamar, del *Calibán*, y Antonio termina remitiéndolos a la lectura de Rodó. Media hora después estamos sentados en la terraza de un sencillo café a pocos metros de *Telegraph Street*, donde sirven comida tailandesa. Hablamos sobre todo de la

dialéctica oralidad/escritura, un tema que nos interesa a ambos. Después de un intercambio sobre el “encuentro de Cajamarca” y la conflictividad de las varias versiones que lo registran, pasa él a mostrarme diversos ejemplos del carácter plural y heterogéneo de la oralidad tradicional en distintas épocas y contextos culturales. Posar lentamente la taza de café sobre la mesa, reclinarse un instante hacia atrás en una pausa de reflexión, fruncir las cejas por un instante y emprender un nuevo camino por ese terreno tan complejo que íbamos desbrozando al dialogar, fueron gestos que se repitieron una y otra vez mientras avanzaba la tarde. “Eso de la oralidad tiene sus bemoles”, dice de repente Antonio con una sonrisa pícaro. Y añade: “No hay que dejarse atrapar por esa especie de inversión del maniqueísmo grafocéntrico que es la idealización de lo oral a expensas de una satanización de la escritura”. Rama y García Canclini parecían haberse acercado a tomar café con nosotros, ocupando las sillas donde antes se habían sentado Mignolo y William Rowe. Y yo, que me había acercado a Antonio con tres o cuatro preguntas pendientes, terminé aquella sesión con la mente llena de nuevas pistas y atractivos interrogantes. La generosidad intelectual de Antonio, proverbial entre quienes trabajaron cerca de él, se me hizo patente aquella tarde. También su exigencia de trabajar sobre lo aprendido. En tres horas de sabrosa conversación había aprendido y comprendido más que en meses de lectura sobre el asunto. Seis semanas después, según me lo pidió antes de despedirnos, yo estaría presentando un trabajo sobre aquellos temas en el segundo de los Encuentros Latinoamericano de Berkeley.

Antonio fue un firme creyente en las virtudes cognoscitivas del diálogo, ese saber en movimiento. Tanto en la conversación espontánea, como en los espacios más formalizados de interacción académica, confiaba en las potencialidades del intercambio, de la discusión, del debate, como catalizadores de la comprensión y generadores de nuevos retos intelectuales. Por eso en Berkeley, durante ese período de última madurez, cuando contaba con las condiciones y recursos para hacerlo, organizó los “Encuentros Latinoamericanos”. Durante esa primavera pude ver el entusiasmo y la dedicación con los que preparó el evento del 94 en el que participaron Mary Louise Pratt, Ricardo Kaliman, Françoise Perus, Néstor García Canclini, Arturo Arias y Gwen Kirkpatrick. Con no más de seis u ocho ponentes bien escogidos, con un diseño temático inteligente que respondía desde ángulos plurales a las interrogantes del momento, con sesiones donde la amplitud para la discusión permitía capitalizar los aportes de las presentaciones, esa reunión fue para mí una muestra de su sensatez y buen criterio.

Antonio sabía sin duda propiciar situaciones de diálogo fecundo. En su casa cercana al campus, acompañado siempre por

Cristina y a menudo por Gwen o Julio Ramos, sus amigos y colegas de Departamento, me hizo partícipe de una hospitalidad que hacía posible otros encuentros, cuando la presencia de algún colega invitado (recuerdo a Hugo Achugar, a Jorge Ruffinelli, a Hugo Verani) era la ocasión perfecta para una velada de noticias, comentarios, discusiones y chistes en los que él participaba feliz. Saber escuchar al otro, ponderar las posiciones ajenas, celebrar el lance de una respuesta ágil y oportuna, aceptar la eventual divergencia de criterios como tierra fértil para las nuevas ideas, salpimentar el intercambio con la agudeza de su humor, retando en buena lid a su cordial adversario: allí veíamos moverse a Antonio como pez en el agua, como el cultivador que fue, tanto en el ámbito público como en la intimidad, del diálogo como arte.

Antonio de tan diversas maneras. Antonio en Caracas, en New Hampshire, en Campinas o en Berkeley. Encuentros que dejaron impresiones perdurables como las que he tratado de reconstruir al escribir estas páginas. Contactos a lo largo de los años que me permitieron conocer y admirar al docente y al editor, al crítico y al teórico, al gestor académico y al polemista. La constante en todos esos momentos y lo que más valoro hoy día de ellos es la calidad del ser humano que pude vislumbrar varias veces un paso más allá de sus varios roles y funciones públicas. Estoy agradecido de haber podido percibir y apreciar, más allá del erudito, al hombre sabio; detrás del catedrático, al maestro.